



“No se abandonen a la desesperación. Somos el pueblo de Pascua y el aleluya es nuestro cántico”  
(San Juan Pablo II)

Se dice que la evidencia de la resurrección de Jesús fue la tumba vacía y sus diversas apariciones. Sin embargo, la mayor prueba de la resurrección de Jesús es el valor, el gozo ilimitado, la fe profunda y la convicción de los apóstoles y sus discípulos que lo abandonaron por temor a sus vidas.

El Cristo resucitado asume el papel de consolador, sanador, consejero, madre que nutre, hacedor de milagros y el que desafía a una fe más profunda. Él enciende el fuego de su amor y quema sus corazones con celo mientras los lleva de regreso a la experiencia fundamental del amor de Dios y la intervención en sus vidas. Que sea en la ribera de Tiberio, camino a Emaús,

cuartos cerrados. Él los empodera a través de Su presencia trascendente.

Cruza las barreras del espacio y el tiempo a través de Su resurrección; Él vive en cada corazón, en cada alma que busca la verdad, Él es la iluminación y está presente activamente en el mundo a través de cada gesto compasivo y servicio amoroso de sus discípulos.

Al experimentar la alegría de esta presencia resucitada de Jesús, preguntémonos de qué manera voy a celebrar este gran misterio de la Pascua.

¿Cuáles son esas áreas muertas de mi vida que debo colocar ante el Señor para que yo también pueda experimentar al Cristo resucitado en mi vida?

¿Cuáles son esos gestos concretos a través de los cuales puedo difundir la esperanza y la fe de la Pascua?

Aprendamos de Santa Rafaela María, su estilo de vivir la resurrección de Jesús en los momentos más dolorosos de su vida, una mujer que nunca abandonó la esperanza, porque su esperanza estaba profundamente arraigada en la fe y el amor de su Dios.

Con amor y amistad,

*Claudia Iwanica, Isabel Branco, Juan Jairo Lavarde, Silvestra Bardeskar, Vanessa Amarelle, H. Brigit Viji, H. Pilar Guzmán, H. Maria Vaz Pinto*

**Comisión Internacional de la Familia ACI**

